El Muro de Berlín, 25 años después

Berlín, el Muro, la literatura

Sobre los escombros de aquel Muro caído hace ya un cuarto de siglo se alzó una Alemania unida y libre y eclosionó también una estrepitosa e hiperactiva nueva generación de narradores, del oeste y, sobre todo, del este, con muchas historias que contar. Aquellos jabatos recogían el testigo de los Grass, Lenz o Boll y son hoy nombres consagrados de las letras germanas: Ingo Schulze, Thomas Brussing, Julia Franck, Judith Hermann, Thomas Hettche... Una "movida literaria", como la describe Fernando Aramburu, de la que el escritor español afincado en Alemania da cuenta en estas páginas.

Y de pronto cayó el muro. Hay quien dice que se veía venir, que desde que los húngaros abrieron su frontera con Austria, la utopía colectivista sobre la que se asentaba aquel bloque de regímenes opresivos, sumisos a las directrices de Moscú, no podía menos de venirse abajo.

A mí, como a tantos con los que después he conversado al respecto en Alemania, de aquel célebre telediario del 9 de noviembre de 1989, a las ocho de la tarde en la primera cadena de la televisión pública, no me interesaba más que la predicción del tiempo. Para rato íbamos a imaginar el histórico despiste del portavoz gubernamental Günter Schabowski, mal preparado, mal informado, al proclamar en rueda de prensa, como norma ya vigente, lo que no era sino un proyecto del Comité Central del partido único para una posible autorización de los viajes privados fuera de la RDA. Con eso y todo, nadie en sus cabales pone en duda que la caída del muro fue una conquista popular.

Recuerdo la primera vez que vi el Telón de Acero, desde una atalaya de los montes del Harz. Por aquellos parajes idílicos anduvieron en su día Goethe y más tarde Heine. A la memoria me vienen el silencio que se extendía a lo largo de la frontera infranqueable y el hermoso provecho que la naturaleza sabe sacarle a la ausencia de los hombres. Un acompañante me dijo, señalando unas casas al otro lado de las alambradas, a apenas dos o tres kilómetros de distancia: "Nos sería más fácil llegar a Australia que a ese pueblo."

No eran aquellos, mediada la década de los ochenta, tiempos brillantes para la literatura alemana. En el lado occidental, predominaban el conformismo, la molicie burguesa, cierta sequedad en la inventiva. Las grandes figuras (Grass, Lenz, Böll, que murió por entonces) ya habían dado lo mejor de sí y no se avistaba en el horizonte un relevo de nombres de similar envergadura literaria. En el lado oriental, reinaban la obligatoria ortodoxia ideológica, la censura, el temor a las represalias. A espaldas de la iniciativa clandestina, ocupaba la plaza un grupo selecto de escritores oficiales, acomodados al régimen comunista, que no obstante los sometía a vigilancia continua o los convertía a ellos mismos en vigilantes. La complexión física de los respectivos jefes de gobierno se correspondía con el ambiente cultural de cada país: el canciller Kohl, orondo, torpón, satisfecho, y el flaco y enfermizo Honecker a punto de ser despojado por los suyos del cargo de secretario general.

A no pocos escritores occidentales la caída del muro les pilló con el pie cambiado. Grass, con su ostensible miopía histórica, se oponía a la reunificación